

Un viaje más allá de la tristeza

De Laura del Espino López Delgado

Es un sueño extraño.

La noche me absorbe. Un cielo sin luna ni estrellas me ciega, y no sé si es porque estoy rodeada de oscuridad o porque realmente lo estoy, pero siento la soledad. Creo haber despertado de un largo sueño. Siento la ligereza y siento una tranquilidad inmensa que llena mi cuerpo. Estoy adormecida y me cuesta pensar con claridad, pero mi mente aún retiene, superficialmente, mis recuerdos más recientes que ahora, confusamente, me parecen tan lejanos...

– ¡Te lo he dicho mil veces, no te acerques a él! –me estaba gritando.

– ¡Sólo es un amigo! Si quisiera dejarte, ya lo habría hecho –le repliqué.

No era una persona celosa, pero, en aquel momento, superó todos los límites permitidos hasta ahora vistos, y yo ardía de indignación por su desconfianza hacia mis sentimientos. ¿Acaso no los valoraba?

– ¡Eso nunca! –estepó.

Comenzamos a forcejear y recuerdo haber tropezado con algún objeto indescriptible. Caí y todo se oscureció.

– ¡Nooo! –le oí gritar.

Pero, en ese instante, lo sentí muy lejos, aunque sabía que estaba a mi lado. Un dolor punzante se me clavó de lleno en la cabeza, los oídos me pitaban y la vista se me nubló completamente. Sentía cómo me alejaba livianamente mientras recuerdo, vagamente, que entre lágrimas y lamentaciones, me pedía que no le dejase. No le entendía porque, aunque lo notase muy distante, sabía que me sostenía entre sus brazos. Había tanta calidez en su abrazo o quizás fuese yo quien tuviese demasiado frío. Poco después, todo se esfumó. Dejé de escuchar su voz, todo se tornó silencioso. Entonces, sin explicármelo, las puertas del abismo se abrieron a mis pies y empecé a caer rodeada de oscuridad sin salida ni rastro de luz alguna. Una oscuridad formada de tristeza, dolor, amor y recuerdos.

No, no era un sueño y no despertaría. Ahora lo sé. No despertaré porque esto ni es un sueño, ni una pesadilla. Esta es la llamada de la muerte que viene en mi busca.

Tú, que trataste de retenerme a tu lado, nos has separado. Te quería, eras mi mundo, mi noche y mi día, lo eras todo para mí. Pero te has encargado de destruirlo todo con tus propias manos. Jamás supiste entenderlo. Me sentía tan pequeña y sola cuando no estabas a mi lado. Sólo te necesitaba a mi lado. Tu amor, tu cariño, cuando no los recibía mi corazón era un desierto, estaba completamente vacío. Eras parte de mi vida, la más importante. Pero no has sabido cuidarme, protegerme. Has llegado a un extremo en el que tú te has vuelto mi mayor peligro hasta un punto insospechado.

Un viaje más allá de la tristeza

De Laura del Espino López Delgado

Tus palabras curaban las espinas de mi corazón, tus brazos gentilmente me protegían, tus ojos me hechizaban, tus besos me embriagaban de una felicidad que sólo tú podías ofrecerme, la que sólo yo anhelaba. Todo ello y más, me hacía enamorarme días tras día aún más de ti. Sentimientos que se expandían más allá del corazón, porque no cabían de gozo, hasta que consiguieron tocar mi alma.

Pero, como un jarro de agua fría, todo se ha quebrado. Tan sólo te han bastado apenas unos segundos para desgarrarlo. Los brazos que un día me protegieron, las manos que cariñosa y cálidamente me acariciaban, me han quitado la vida. Y todo se ha acabado porque no supiste confiar en mí, creías que te dejaría por otra persona. Estabas ciego y no podías ver que era a ti al único al que deseaba mirar. Esos sentimientos tan inestables por los que te has dejado llevar, han terminado destruyéndonos mutuamente. A mí, me han costado la vida y a ti, te han desgarrado el corazón.

Triste, cuando sentimientos tan intensos y puros, como el amor, se corrompen al verse incumplidos en un falso espejismo de la desconfianza, los celos y la inseguridad. El dolor no tiene retorno. Dañándote. Dañando a los seres que quieres. Pero yo no sería la que sufriría los estragos de una ausencia porque eres tú quien se ha quedado atrás. No seré yo quien experimente ese dolor. Mi amor ahora es tu dolor. Cicatrizando tu alma, hiriendo tu corazón. No hay vuelta atrás. En cambio, para mí, nuestro recuerdo es el único paraíso del cual no podrán expulsarme.

* * * *

Sobre un cielo azul, tan claro como el agua, acompañado de un sol cálido y brillante, que hacía resaltar el blanco inmaculado de las nubes, surcaba un viento viajando in tempestuoso. Viajando sobre tierras desconocidas y muy distintas desde su nacimiento. Un viento al que no le quedaban fuerzas y el frío dominaba. Un viento que acabó su recorrido tras los portones de un recinto al descubierto. Unos portones, hechos de hierro en color negro, abiertos de par en par, dieron la bienvenida al viento envejecido con sus últimos suspiros de actividad, el cual, entró imperialmente con sus últimas fuerzas.

En aquel lugar, moraba el silencio, el cual, únicamente se veía interrumpido por el sonido tenue de unos sollozos o por el sonido de unos pasos que cruzaban el umbral. En aquel lugar, ni el cantar de los pájaros se atrevía a irrumpir el silencio sepulcral que allí reinaba. Y los árboles, se encontraban en letargo mientras resplandecía su belleza glacial e impasible. Aquel silencio mantenía el sueño eterno de cuerpos que no volverían a la vida. Un silencio guardián, como único acompañante, el frío.

Un viaje más allá de la tristeza

De Laura del Espino López Delgado

Vidas pérdidas que ya no encontrarían el camino de regreso con los vivos. Diferentes vidas y personas con una historia en cada sepultura que aún quedaban recordadas por las personas que no habían cruzado el charco y albergaban, dentro de sus corazones, los recuerdos todavía vivos y cálidos de sus almas, de su ya no persona. Unas vidas que habían vivido con plenitud máxima; otras que sin haber empezado, habían finalizado; y otras, que a manos del hombre, se habían visto injustamente interrumpidas. Vidas, que aún después de morir, conservaban una identidad por un nombre no olvidado grabado en su lápida, un rostro apenas borroso plasmado en una fotografía y el paso de una vida fijado por la fecha de su nacimiento y de su muerte.

“Tu esposa, hijos y nietos no te olvidarán”, “Recuerdos de tus sobrinos”, “Descansa en paz”, palabras expresadas desde lo más hondo de los corazones humanos que despedían esas vidas desvanecidas. Palabras silenciosas que inundaban el lugar por doquier. Y tumbas donde se encontraban impregnadas, adornadas de ramos de flores de diferentes especies y colores. Tumbas con flores secas y marchitas, que tras el día de Todos los Santos, quedaban relegadas al olvido por sus familiares y solitario era el recuerdo de su existencia que se consumía bajo tierra. En cambio, otras tumbas, aunque sin flores, se hallaban limpias y esplendorosas dando la paz del no olvido por los suyos a aquellos espíritus que habían emprendido un viaje más allá del terrenal.

A través de los distintos pasillos solitarios contruidos en azulejo color verde oscuro, que dividían el cementerio, separando la tierra santa del camino mortal, se escuchaba el sonido de unos pasos ya cansados de una vida larga que esperaban sus últimos días. Tras esos pasos cansados, se descubrían los pies de un anciano. Un anciano que hacía el mismo recorrido de todos los días. Hiciese viento y frío, lloviese o tronase, este anciano no irrumpía su ritual. Todos los días, sobre la misma hora, iba a visitar la misma tumba desde hacía ya 51 años. Un anciano castigado a vivir hasta la última de sus horas llevando acuestas la pena y el dolor, mientras que el espíritu joven de su amada hacía mucho había partido hacia la eternidad.

Un amor, que todavía ahora, se conservaba igual de fresco que el primer día y que el tiempo no había podido borrar. Un amor tan vivo como la primera vez que nació, aunque quizás, la culpabilidad y el remordimiento lo hubiesen mantenido con vida como aquel día.

Solemnemente, en silencio, pisaba el suelo de aquel reino sin vida con la vista fijada al frente, a la vez que su mente registraba todos los movimientos, objetos o siluetas que se abrían paso a sus pies y que ya tenía memorizados como cada día.

– He venido a verte y a redimir mi culpa.

<http://lauradelespino.wordpress.com>

Un viaje más allá de la tristeza

De Laura del Espino López Delgado

Con la misma frase siempre se alzaba delante de su tumba. Una tumba que no sabía si eran sus ojos quienes le hacían una mala pasada o era la pulcra lápida, lo que la hacía brillar al detenerse delante de ella como cada día. Quizás, también pudiese ser, la idea del no olvido de un alma lo que creaba ese espejismo en la mente del anciano.

Después de eso, el anciano gratamente sorprendido, como era habitual, se quedaba contemplándola tan quieto como una roca, mientras que, su mente, viajaba a años luz surcando recuerdos añorados de épocas pasadas. Era durante ese instante que su mente y quizás algo más, se desvinculaba de su cuerpo, estando más cerca del mundo místico que del humano. Así permanecía minutos hasta que siempre se despertaba de su ensimismamiento de la misma manera. El espíritu de un alma joven, que parecía acompañar al viento en el mundo de los vivos en forma de una pequeña ráfaga helada, paraba en el mismo lugar que el anciano y cuando al anciano le calaba el frío hasta los huesos, entonces, despertaba de vuelta a la realidad.

Por condena o amparo, ese espíritu no había abandonado al anciano; según él creía. Con los años, su envejecida mente le había abierto las puertas a la fantasía como una realidad alternativa y conservaba la ilusión de que aquel alma joven le estuviese esperando para cruzar juntos el camino eterno, hacia un mundo desconocido e irreal. Pero, por el momento, eso era lo más cerca que estaría de ese ideal.

Y retrocediendo sobre sus pasos salía, una vez más, de los portones negros por los cuales minutos antes entrase para volver al día siguiente; hasta que su alma expirase el último susurro de vida y sus pies ya no le llevaran a ninguna otra parte.

Un viaje más allá de la tristeza

De Laura del Espino López Delgado